

74/236

FOLLETIN INSTRUCTIVO
DE
LA SOBERANIA NACIONAL.

DE LA BENEFICENCIA
EN INGLATERRA Y EN ESPAÑA.

INFORME

leído en la Academia de Ciencias Morales
y Políticas, por el

Sr. D. SÁLUSTIANO DE OLÓZAGA.

CUARTA EDICION

DEDICADA Á LOS AMIGOS DE LOS POBRES Y JUNTAS
MUNICIPALES.

MADRID,
IMPRENTA DE J. FERNANDEZ,
Barco, 20, bajo.
1865.

LIBRERIA NACIONAL

LA BIBLIOTECA NACIONAL

DE LA UNIVERSIDAD

EN INDIENAS Y EN ESPAÑA

LIBRERIA

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Y EN INDIENAS

DE D. BALUSTIANO DE GONZAGA

CHARTA DIGNA

DE LOS ASESORES DE LOS REYES Y JUSTICIA

MUNICIPAL

LIBRERIA DE LA BIBLIOTECA

DE LA BIBLIOTECA

LIBRERIA

DE LA BENEFICENCIA
EN INGLATERRA Y EN ESPAÑA.

DE LA BENEFICENCIA
EN INGLATERRA Y EN ESPAÑA

ADVERTENCIA.

El Sr. Olózaga aprovechó su venida á la capital, para manifestar la gran satisfaccion con que habia visto planteado el pensamiento de convertir la organizacion benéfica que el pueblo de Madrid ha adquirido en una asociacion permanente, que lleve las necesidades sociales, de cuya existencia y alivio se ocupó en un notable INFORME SOBRE LA BENEFICENCIA EN ESPAÑA, leído y publicado en la Academia de ciencias morales y políticas, y dispuso que el INFORME se reimprimiera por su cuenta, para repartirle gratuitamente á los *Amigos de los pobres* y á las *juntas municipales*.

Por nuestra parte ofrecimos costear el molde, para que la cantidad que el Sr. Oló-

zaga destinaba á esta edicion, se aplicara á hacer mas numerosa la tirada.

Esperamos que los suscritores de LA SOBERANÍA NACIONAL nos han de agradecer que les facilitemos la lectura de tan interesante escrito, cuya propaganda en las circunstancias que atravesamos, está llamada á ejercer grandes beneficios.

Tan pronto como concluya, se repartirá profusamente conforme á los laudables deseos del Sr. Olózaga.

La Academia me ha honrado con el encargo de examinar el *Manual del Visitador del pobre*, escrito por la señora doña Concepcion Arenal de García Carrasco, y como haya cierta analogia en el asunto, no en la forma, entre este interesante libro y otro titulado *The Charities of London*, que hace algun tiempo pasó tambien la Academia á mi exámen, diré primero algunas palabras sobre el manual inglés, y comparándolo despues con el español, mas bien que un informe prolijo sobre el contenido de uno y otro libro, que acaso no lo consiente por diversos motivos la índole de ninguno de los dos, presentaré á vuestra considera-

cion los hechos principales que deben examinarse con ánimo imparcial para conocer el verdadero estado de la beneficencia pública en España y en Inglaterra, y mas particularmente en sus respectivas capitales. Haré sin embargo algunas reflexiones: pero con el desaliño con que naturalmente se me irán ocurriendo, como quien sabe de antemano que no tendrán ningun valor por sí mismas, y que solo podrán ser de algun provecho por la ocasion y el motivo que ofrezcan para otras mas atinadas. El manual inglés es un guia para los que en Lóndres necesitan acudir á la caridad, y para los que sienten tambien como una necesidad mas noble y mas afortunada el impulso que los lleva á auxiliar, á socorrer y consolar á sus semejantes. El número de sociedades que con este objeto se han formado, apenas puede contarse. El manual enumera unas 600, pero comprende en una sola, varias que considera como ramas de la primera ó principal; y no toma en cuenta las sociedades de amigos que vienen á equi-

valer á las que nosotros conocemos con el nombre de socorros mútuos, á pesar de que muchas de ellas reciben considerables auxilios de la caridad; y en todas resplandece esta sublime virtud, porque contribuyen con sus cuotas los que menos necesidad pueden tener de sus socorros. El número de estas sociedades en la parte de Londres que corresponde al condado de Surrey es, segun el manual 704, y en la del condado de Middlesex, 2,053, número que no puede menos de parecernos exorbitante, pero que guarda proporción con el total de estas sociedades en Inglaterra, que llega á 23,000. La escala que sirve en Inglaterra para medir las fuerzas de su industria, los capitales de su comercio, la riqueza de la nacion, el poder de su marina, y todos los elementos que constituyen la existencia de aquel gran pueblo es tan diversa de la que nosotros solemos usar, escede en tanto á las dimensiones ordinarias de los tipos á que estamos acostumbrados, y puede tanto con nosotros la costumbre y cede de tal mo-

do la razon al hábito, que juzgando naturalmente por comparacion, no acertamos á calcular, ni para ello podemos emplear ninguna induccion. Por eso evitaré, en cuanto sea posible, hablar de las sumas enormes que á la caridad destinan generalmente, segun su forma y su virtud, los ingleses, porque mas me duele que nos lleven ventaja en esto, que en la fuerza imponente de sus escuadras y en el poder, sin rival, de su inmensa fabricacion. Consolémonos en nuestra relativa y acaso temporal inferioridad con la de todas las naciones del continente de Europa, tanto mas, cuanto que algunas no podrán justificarla ó esplicarla al menos tan satisfactoriamente como nosotros. Dejando pues á un lado la série de guarismos con que va marcando sucesivamente el manual las sumas que cada sociedad ha recaudado é invertido desde su creacion, y renunciando de propósito al exámen de los datos estadísticos que proporciona, que parecerian exagerados y aun fabulosos, lo que merece llamar mas la aten-

ción, aunque llega también á fatigarla, es la variedad, la diversidad infinita de los objetos que se proponen las sociedades caritativas en Inglaterra.

Empieza la caridad donde amenaza la desgracia. Los que han de tener la mas inmerecida de todas, la de nacer fuera de matrimonio, encuentran la mas eficaz garantía contra todo conato de infanticidio en tantas casas de maternidad como á competencia se han ido estableciendo para mujeres de todas las clases de la sociedad. Señoras las han fundado, señoras las costean, señoras las sirven, con tal celo y tal esmero, que se considerarían indignas, según dicen y se las puede creer, si las desgraciadas que se acogen á su cuidado y se fian de su discreción, no estuviesen tan bien asistidas como en trance semejante lo están ellas mismas en su casa. Los niños que así nacen tienen allí la fortuna de no vivir por lo comun aglomerados en vastos establecimientos. Hay algunos de esta especie, pero se ha ido subdividiendo tanto la caridad y se reparten de tal modo

los cuidados de las señoras, que el mayor número de ellos encuentra quien lo críe particular y cariñosamente, y la protección que reciben al nacer cambia de manos, pero no les falta nunca mientras la necesitan en la vida.

Hay mas de veinte sociedades que se encargan de los ciegos, mayor número aun de los mudos, muchas para los impedidos, y recientemente se han formado algunas para los imbeciles y los idiotas, que con razón escitan ahora en Inglaterra mas interés que otros desgraciados. El primer bien que han hecho, el primer resultado que han dado ha sido descubrir que entre los hijos de los pobres pasan muchos por incapaces que están muy lejos de serlo. La ignorancia de los padres, su abandono, el trabajo superior á sus débiles fuerzas á que algunos por necesidad los condenan, la miseria, el hambre, debilitan hasta tal punto el germen de su pobre razon, que nadie ha procurado desarrollar, que son considerados como idiotas los que habiendo recibido alguna educacion, po-

drian ser útiles ciudadanos y buenos padres de familia. Y llegan á serlo, y aprenden todo lo que mas pueden necesitar en la vida, y oficios mas ó menos difíciles para sostenerse aun los que á primera vista parece que solo han nacido para ser una carga de la humanidad. Es muy consolador ver cuán reducido es el número de los que nacen en tan triste condicion, y cómo la paciencia, la perseverancia, la bondad de las personas que se dedican á la impropia tarea de su educacion, va estendiendo la escasa luz de su razon de modo que pueden ver su interior, conocer su posicion y sentir aquel principio de vida moral que nos lleva insensiblemente, ya que no á la perfeccion, al deseo al menos de alcanzarla.

Mas fácil es, pero no por eso menos útil, la empresa de otras muchas asociaciones que no solo admiten sino que buscan por todas partes á los niños impedidos, á los que por lo comun no se les enseña oficio porque para ninguno se les cree á propósito. ¡Qué ingeniosa es la caridad, cuánta ocupacion inventa mas

ó menos productiva para los que parecían condenados á la inaccion completa! El bien menor que hace de este modo es el producto del trabajo á que se dedican, el aumento que así proporcionan á la riqueza pública: el beneficio incalculable que de esto resulta es el consuelo, el contento, la mas íntima y pura satisfaccion de las almas de aquellos infelices que se han librado del tédio de una holganza forzada, de la humillacion, del sentimiento de su inutilidad y de las aviesas sugestiones con que suelen ser tentados aquellos infelices á quienes el mundo olvida ó desprecia.

Para los que con menos motivo ó con ninguno que sea escusable se estravian; para los que están mas cerca de delinquir; para los que necesitan alguna correccion y no merecen la cárcel; para los que salen de ella con mas ó menos disposicion á reincidir; para los que se habituarían á la afrenta; para los que rechazados por la sociedad se pondrían en guerra abierta contra ella, ¡cuántas son las asociaciones que se han formado y

los asilos que se han abierto! Una sola de estas «*Reformatory and Refuge Union*» ha fundado ó promovido que se funden en Lóndres 175 establecimientos en que pueden estar cómodamente hasta 15,000 acogidos.

• Este número próximamente envia todos los años á las colonias una sociedad que cuida de enseñar oficio á los que por cualquier motivo no les conviene vivir en Inglaterra, y les paga el viaje y les compran los instrumentos que necesitan; los recomienda á los que allí les proporcionan trabajo y muchas veces ocasion de adquirir una fortuna, con la que, y con sus costumbres reformadas, vuelven á ser muy considerados en la madre patria.

Los que en ella necesitan recibir la instruccion primaria y los conocimientos que pueden aplicar á las artes ú oficios á que se dediquen, cualquiera que estos sean y la condicion en que se encuentren, no tendrán mas dificultad que la de escoger entre las infinitas sociedades que el manual enu-

mera, aquella á que deban dar la preferencia.

Los desvalidos, los huérfanos, los enfermos, encontrarán mas clasificados los establecimientos á que deben acogerse. La edad, el sexo, muchas veces el origen de su desgracia ó la clase á que pertenecen, sus dolencias sobre todo, les señalarán el hospicio ó el hospital á donde pueden acudir con la seguridad de hallar cuanto puedan necesitar, siendo todo lo estrictamente necesario tal y tan bueno como si pudieran pagarlo. El que no ha visto los establecimientos de beneficencia de Londres no puede formarse una idea de lo apropiados que son para su objeto, de las comodidades que ofrecen, de la perfeccion á que han llegado, y del regalo, del esquisito cuidado y de las delicadas atenciones con que son asistidos los desvalidos y los enfermos. Y esto sin que en la mayor parte de estos establecimientos tenga ninguna el gobierno, ni la parroquia siquiera, que es allí la poderosa unidad religiosa y política de aquel gran pueblo. Las fa-

chadas de tales edificios, levantados y sostenidos á espensas de la caridad pública, están materialmente cubiertas por letras descomunales que uniformemente dicen «*Supported by voluntary contributions*» (sostenido por contribuciones voluntarias). Si la caridad puede tener orgullo, este debe ser el único legítimo aunque en la forma sea algo exagerado. Pero satisface tanto el placer de hacer bien, es tan noble el sentimiento de los que ven que si los pobres necesitan la caridad, esta no necesita á nadie para socorrerlos, que aunque la jactancia parezca extraña, merece disculpa. Hay además cierta emulacion que la explica perfectamente. Cada sociedad cree que ha tenido mas acierto que las otras en el objeto á que consagra sus tareas y sus recursos. Para unos no hay nada comparable con el bien que se hace á la humanidad recogiendo y educando y colocando los niños abandonados; para otros es preferible el servicio que la sociedad reporta de la correccion de los que se han extraviado; para algunos son

mas dignos de ser atendidos los que sin culpa perdieron su fortuna; y en cuanto á los enfermos, quién prefiere á los crónicos, quién á los agudos, quién á los incurables, y por último, se han ido creando en Lóndres hospitales para toda clase de enfermedades, siendo naturalmente las del pecho las que los han necesitado y los tienen en mayor número. Si bien se examina, en esta noble competencia que existe sobre el mayor ó menor mérito del objeto de estas sociedades, ninguna tiene razon, no solo porque todasson convenientes é igualmente necesarias, sino porque dado que pudiera haber lugar á alguna preferencia, ninguna la mereceria en rigor por el acierto que en esto hubiera demostrado, que no seguian los hombres por su libre albedrío en la eleccion del bien que hagan sino por causas independientes de su voluntad y mas ó menos dependientes del acaso. No comprenden generalmente los hombres los males y las desgracias que no han sufrido, ni compadecen muchos las que saben que no pueden alcanzarles.

Por eso es tan meritoria á mis ojos una sociedad á la que no puede imputarse esa especie de egoismo, que se mezcla hasta en los mas puros y dulces sentimientos de la humanidad. Quizá contribuye tambien á la predileccion con que la miro el haberla conocido á poco que nació, y el modo para mí tan extraño y tan agradable con que se me reveló su existencia. La primera vez que en mi juventud tuve la triste dicha de huir de la patria en que me veia proscripto, me dirigí á Lóndres; y quiso la suerte ó hizo mi curiosidad que antes de ver ninguna de las grandes maravillas que encierra aquella populosa capital, me detuviese al pié de la única cuesta algo penosa que en toda ella se encuentra. Llamaron mi atencion unos poderosos caballos de tiro que allí habia, y los mozos que los cuidaban vestidos con sencillez, pero con uniformidad. No tardó en llegar un carro enormemente cargado y del cual tiraba un solo caballo. Agregaron dos de los que allí habia de reserva, y llegando á lo alto de la

cuesta los desengancharon y volvieron á su puesto. A cada momento se repetía esta escena y yo no necesité mas para formar mi juicio con la ligereza propia de un jóven y de un extranjero. Me pareció aquello un refinamiento del espíritu mercantil, que entonces estaba yo dispuesto á creer que era el único que animaba á los ingleses, y aun así me pareció plausible el ingenioso pensamiento de la interesada industria. ¡Cuál fué despues mi asombro cuando me esplicaron que lejos de buscar allí ganancia ninguna, costeaban todos los gastos sin mas objeto ni mas esperanza que la de aliviar las fatigas de los pobres caballos, y que esto no era mas que una ligera muestra de lo que en su favor habia empezado á hacer una sociedad que acababa de formarse con el título de «*Royal society for the Prevention of Cruelty to Animals!*» Dichoso país, dije para mí, acaso con mas envidia que admiracion, dichoso país, cuyos hijos se consagran á aliviar las desgracias que no han de padecer, y á dispensar sus be-

neficios á los que no pueden agradecerlos. Desde entonces he seguido paso á paso los que en su rápida y feliz carrera ha ido dando esta sociedad para la proteccion de los animales. Poco tuvo que hacer para alcanzar la popularidad que tiene: algo mas le costó que penetraran sus ideas en el Parlamento, pero nunca falta allí la sancion legal á lo que exige la opinion, y se declaró que la crueldad para con los animales constituye un delito. Así la asociacion, despues de emplear los medios mas eficaces para prevenirla, denuncia y persigue ante los tribunales á los culpables, que son severamente castigados con penas pecuniarias y corporales. Sociedades semejantes á esta se han ido despties estableciendo en varios Estados de Alemania, en Italia y en Francia, donde recientemente la opinion y el gobierno se han pronunciado contra la viviseccion de los animales, de que sin gran provecho para la ciencia, segun el parecer de los mejores fisiólogos, se abusaba en las escuelas de medicina y de veterinaria.

Otras sociedades se han formado últimamente en Londres, cuya simple enumeracion ocuparía largo rato á la Academia. Baste decir que el número ha aumentado en una tercera parte en los diez últimos años, y que en vista de esta tendencia y de los inmensos capitales destinados á objetos caritativos, creyó el gobierno que debían sujetarse al pago del *income tax*. Esto ha dado lugar á una interesante discusion en la última legislatura, en que todo el talento todo el prestigio y toda la elocuencia de mister Gladstone tuvieron que sucumbir ante las vivas simpatías del Parlamento en favor del espíritu eminentemente filantrópico que ahora mas que nunca domina al pueblo inglés. Pero aunque renunciemos á consignar sus mas recientes y varias manifestaciones, no podemos menos de hacer alguna mencion de ciertas sociedades, para que se vea hasta dónde puede alcanzar en la correccion de ciertos vicios el poder de las asociaciones.

Los que hayan ido á Londres antes de

la primera esposicion universal recordarán que los magníficos almacenes de sus calles principales se cerraban muy tarde por la noche. La luz, la alegría y la concurrencia que esto proporcionaba, eran sin duda uno de los mayores atractivos de aquella capital, principalmente para los extranjeros. Pero habia allí quien miraba las cosas bajo otro aspecto muy distinto, y viéndolas por dentro se compadecia de las jóvenes empleadas en aquellos almacenes, que vivian por lo comun á muchas millas de distancia de aquellas calles donde las habitaciones son muy caras, que llegaban á las suyas á las altas horas de la noche, cuando sus familias descansaban, que tenian que abandonarlas muy temprano sin tener ni un momento de descanso ni para dulce solaz en el hogar doméstico, ni para recibir los consejos de los padres y completar su educacion moral y religiosa. Los extranjeros no penetramos tanto. De mí, al menos, sé decir que me vi desagradablemente sorprendido en los últimos dias de junio de 1851, cuando en

lo mejor del crepúsculo de la tarde; que en el solsticio de verano se prolonga allí hasta cerca de las diez de la noche, vi de repente que cerraban á toda prisa los mas magníficos almacenes. Pronto sospeché, y así era la verdad, que aquello tenia que ser obra de alguna sociedad de beneficencia; pero me admiró el modo tan sencillo y tan eficaz con que aquel gran cambio se habia efectuado. Se reunieron unas señoras de las mas principales de la capital, y se comprometieron á no comprar nada y procurar que sus amigas no comprasen en los almacenes ó tiendas que no se cerrasen antes de las ocho en invierno y de las nueve en verano.

Esta sociedad, llamada *Metropolitan Early closing Association*, ha hecho otras varias y no menos útiles aplicaciones del mismo principio, siendo, entre otras, muy notable una que es ahora en extremo popular. Permítame la academia que la refiera cómo llegó á mi noticia en mi último viaje á Londres el año anterior. Me hallaba yo en casa de

uno de los hombres políticos mas distinguidos y muy generalmente querido en toda Inglaterra. No sé cómo, hablando en familia de ciertas sociedades de beneficencia, que donde tantas hay claro es que han de dar mucha materia de conversacion, recayó esta sobre la que habia logrado cerrar las tiendas tan temprano, y dirigiéndose mi amigo á una de sus hijas, dijo: «No estoy yo muy seguro de que si en una noche en que fuera de baile miss N. y echara de menos algo que creyese conveniente para la perfeccion de su tocado, no enviaria por élló á casa de alguno de esos mercaderes que hay todavía recalcitrantes.» «Creo que no, respondió la hija, pero mas segura estoy de que jamás compraria nada en las tiendas de los que no dejen ir á sus dependientes á aprender á tirar el blanco.» Así supe que para que los voluntarios puedan hacer conciliables los domingos sus deberes religiosos con su vocacion patriótica, se habia obligado indirectamente á que se cerrasen el sábado á medio dia las tiendas, los

talleres y los establecimientos en que están ocupados. Parecióme bien como cosa que cuadraba tan perfectamente con mis sentimientos, pero mejor me pareció aun el modo con que puso término mi amigo á aquella interesante conversacion, que por ser tan íntima y familiar puede dar una idea mas exacta del espíritu de aquel pueblo. «Noble es, hijos míos, les dijo, la virtud del patriotismo, nada hay que sea mas inglés; pero mas noble es aun, mas bello y mas digno de las grandes almas el amor á la humanidad.»

Este es, en efecto, el que ha guiado á casi todas las sociedades que se han formado en los últimos años, ya para proporcionar fuentes, lavaderos económicos, baños y otras comodidades que jamás habian disfrutado las clases pobres, ya para impedir los suicidios en el Támesis y en los canales, para salvar á los que se ahogan y á los que naufragan, para lo que una sola sociedad tiene siempre bien tripulados botes salvavidas en 114 puntos de las costas de In-

glaterra, como para evitar otros peligros que en casi todas las naciones del continente se dejan al cuidado pocas veces bastante eficaz de la administracion. Pero aunque esta es la tendencia general de semejantes asociaciones en Inglaterra, y las que ya quedan indicadas pueden bastar para dar una idea aproximada de todas las demás, hay una que merece especial mencion por la grande importancia que ha adquirido en pocos años, habiéndose fundado en 1856, y por el método que emplea para propagar sus doctrinas y lograr el gran objeto que se ha propuesto. Aludo á la *National Association for the Promotion of Social Sciences*, á cuya cabeza se ha colocado lord Brongham, auxiliado por hombres muy eminentes que, sin distincion de partidos políticos, celebran congresos nacionales é internacionales para dirigir el espíritu público hácia los mejores medios prácticos de promover la reforma de las leyes, los progresos de la educacion, la reforma de los criminales, la beneficencia, la higiene pública, y para

difundir por todas partes los mas sanos principios sobre todas las cuestiones de la economia social. Asi esperan encontrar y fijar teóricamente los principios de la sociología, la mas importante sin duda, de todas las ciencias políticas y morales, y al mismo tiempo ir reformando prácticamente ciertos abusos y errores que detienen la marcha de un pueblo que, á pesar de su respeto á todos los intereses creados, siente mas que ninguno la necesidad de un progreso pacífico pero continuo.

Pero volviendo á las sociedades caritativas, entre las que incluye el manual inglés esta que podria clasificarse de otra manera, debo antes de pasar á decir algo del manual español, recordar un hecho á la ilustracion de la Academia. El país en donde mas sociedades se fundan en favor de la pobreza es quizá el único en que se paga una contribucion especial para sostener los pobres, y el país donde tanto contribuyen en su favor por disposicion de la ley y por sacrificios voluntarios en las sociedades á

que corresponden, es donde se ven mas conspicuos ejemplos de caridad y de desprendimiento de las personas acomodadas. Los buenos gobiernos enseñan á los pueblos y los pueblos inspiran las nobles acciones á los ciudadanos. Entre tantas otras como podria citarse de los de Londres, recordaré únicamente la mas reciente. Mr. Peabody ha entregado de una vez quince millones de reales para los pobres de aquella capital, y no ha querido entender en su distribucion. Discuten los periódicos sobre cuál será la mas conveniente, y lo decidirán en breve personas muy competentes y autorizadas.

No serian, sin embargo, bastantes los mas cuantiosos donativos á remediar la miseria que produce una crisis industrial en ciertas ciudades de Inglaterra. La última á que ha dado lugar la guerra civil de los Estados-Unidos ha dejado sin trabajo á centenares de miles de obreros. Eran necesarios muchos millones todas las semanas para mantenerlos y mantener sus familias. El

Parlamento habia hecho lo que habia podido, las clases mas acomodadas habian demostrado mas que nunca su caridad y generoso desprendimiento, los municipios allí tan poderosos hacian sacrificios extraordinarios; pero todos los recursos se iban agotando, el mal se prolongaba y el número de miserables iba en aumento: el invierno venia á aumentar tambien sus necesidades y parecia imposible atender á todas. Se apeló á la suscripcion popular en dinero, en ropas, en materias alimenticias, que las empresas de ferro-carriles trasportaban gratuitamente de un extremo á otro del reino Unido, y ni una sola familia ha llegado á carecer de lo necesario. Los obreros, mientras tanto, han correspondido dignamente á la generosidad del pueblo y á la solicitud del gobierno. Recordando algunos las escenas tumultuarias del año 48, en que Lóndres se vió expuesto á una gran conflagracion y toda Inglaterra á la lucha violenta con el mas desenfrenado socialismo, temian que volvieran aquellos terribles días; y

con asombro de todos se ha visto que no solo no han cometido ningun esceso, sino que no se ha oido en todos los distritos industriales ni una sola voz mas que para mostrar el noble y sentido reconocimiento á los que les han socorrido en su desgracia. Es que en quince años de buen gobierno, de perfecta libertad legal, de imprenta libre y barata, de moralidad en todas las clases, de ejemplos de virtud, de trabajo constante de las asociaciones para promover el bienestar moral y material de los menos favorecidos por la fortuna y por la educacion, adelanta la razon pública mas que en los siglos enteros pudiera adelantar en otras épocas.

Pero estas consideraciones me llevarian contra mi intencion mas allá de lo que debo ir en este momento, por lo que, dejando el manual inglés, que me las ha sugerido, procuraré daros una idea del *Manual español del visitador del pobre*, aunque su exámen, por ligero que sea, dará naturalmente lugar á otras consideraciones sobre el contraste

que bajo este aspecto ofrecen las capitales de España y de Inglaterra, y la que yo considero como la causa principal de tan señalada diferencia. Como importa tanto descubrirlas y hacer que desaparezca, se me podrá perdonar el error por el buen deseo, sobre todo si lo limito, como debo, no á lograr por mí mismo el acierto, sino á provocar una discusión que nos proporcione la luz suficiente para encontrar la verdad en materia que tanto interesa al buen nombre del pueblo español, y al porvenir de sus clases más numerosas y menos acomodadas.

Pero antes es preciso considerar el libro en sí mismo, y esto que parece fácil cuando en dos ó tres horas se lee con singular deleite que no permite interrumpir la lectura, ofrece para mí una gran dificultad. Si se trata de analizarlo, no puede haber una cosa mas sencilla. Es un estudio de la pobreza dirigido á enseñarnos los deberes que para con ella tenemos, que considera al pobre bajo todos sus aspectos, cuando es niño,

cuando es anciano, cuando está enfermo, en su casa y en la cárcel, en sus desgracias y en sus vicios, y nos enseña cómo nos debemos conducir con él en tan diversas situaciones. Nos recomienda el respeto al dolor, la humildad, la tolerancia con los defectos de los pobres, que ni son tantos como creemos, ni tiene nadie derecho para echárselos en cara. Pero estos consejos y estas lecciones pueden reducirse á muy pocas palabras, y el análisis del libro sería cosa de breves instantes. Es que libros como este no pueden analizarse, que nadie puede separar la idea del sentimiento y los destellos de una razón superior, de la forma sencilla y magnífica á un mismo tiempo que solo ella sabe encontrar. Para que los señores académicos que no hayan leído todavía el *Visitador del Pobre* puedan formarse alguna idea de cómo va en él unida la profundidad y la originalidad del pensamiento con la ternura y delicadeza del sentir, y aquella difícil facilidad de expresar todo lo que se siente, deben re-

cordar aquella lucha de nuestra razon escitada por la curiosidad cuando leíamos y discutíamos privadamente una Memoria sobre la beneficencia y la caridad, que de tal manera aventajaba á todas las que se presentaron sobre el mismo tema, que ninguno de nosotros pudo dudar ni un instante que estaba destinada á alcanzar el primer premio.

¿Quién habrá sido capaz, nos decíamos unos á otros, de escribir esto? Tal pensamiento prueba que es un gran filósofo, tal observacion es propia de un hombre de Estado, tal conocimiento del mundo solo puede haberlo adquirido un anciano que lo haya contemplado desde las mas diversas posiciones de la vida; pero ciertos pormenores en que un hombre no repara, ciertas pequeñeces que no alcanza nuestra vista, y sobre todo un sentimiento tan vivo, tan penetrante y delicado, y una ternura tan natural, tan dulce y tan encantadora, revelan el gusto y el corazon de una mujer. Y en efecto era una mujer, que ha venido á probarnos que es posible, aunque en todos

tiempos y en todas las naciones sea mas ó menos raro, que una mujer alcance las dotes, por decirlo así, mas varoniles del vigor de entendimiento de los hombres superiores, mientras que todavía no ha existido, ó al menos yo no he conocido hombre ninguno, que usurpe á las mujeres ese tesoro de bondad, de sensibilidad, de compasion, de amor, de ternura, de delicadeza, de modestia, de abnegacion y de todas las virtudes que envuelven en sus pliegues sus hermosos corazones. Pues aquella mezcla de tan opuestas cualidades que tanta maravilla os causaba, señores académicos, cuando nos era desconocido el autor de la Memoria que deseábais premiar, la hallareis ahora del mismo modo en el nuevo libro de nuestra laureada escritora. No podemos ya gozar del placer de la sorpresa, pero podemos abandonarnos á otro que debe satisfacer mas á la Academia. El *Visitador del pobre*, que está destinado á producir tantos bienes, es hijo de la Memoria que premiamos y la Memoria del concurso que abrimos. Nuestra buena

intencion ha tenido tambien su premio, mayor sin duda de lo que merecíamos y de lo que nos prometíamos ciertamente.

Y para daros, como dicen los franceses, un *avant goût* de lo que despues habeis de juzgar á vuestro sabor, y en prenda de la seguridad que como pocas veces tengo en mi opinion, aunque mas seguro estoy de que vosotros sabreis escoger otros fragmentos que justifiquen mejor las dotes de que os he hablado, permitidme que llame vuestra atencion sobre la sentida y breve dedicatoria del libro «á las hijas de San Vicente de Paul,» y despues de aquellas palabras tan sencillas, tan humildes, ved las que consagra al dolor en el capítulo primero.

«El dolor no es para las sociedades ni para los individuos un estado transitorio, una consecuencia pasajera de circunstancias especiales ó deplorables errores, sino una necesidad de nuestra naturaleza, un elemento indispensable de nuestra perfeccion moral. Por eso no

debemos mirarle como un enemigo, sino como un amigo triste que ha de acompañarnos en el camino de la vida.

»Imaginemos, si es posible, una sociedad sin dolores, y creyendo encontrar una mansion de delicias, hallaremos un pueblo de monstruos repugnantes. El que no recibe mas que impresiones gratas, se degrada física y moralmente, se envilece sin remedio. Sin lucha, sin contrariedad, sin abnegacion, sin prueba, sin sacrificio, sin dolor, en fin, no es posible moralidad ni virtud.

»¿Quién cambia los groseros instintos en elevados afectos? El dolor. La amistad, que no existe sin los amargos dias de prueba; el amor, que se purifica orando junto á un lecho de muerte ó sobre una tumba querida; el afecto maternal, tan sublime en sus temores y en sus penas; el heroismo, que bajo cualquier forma que se le considere se riega con lágrimas ó con sangre; el arrepentimiento, que no existe sin la amargura de la falta; el perdon, que ha saboreado el desconsuelo de la injusticia; todo cuanto

hay en el hombre, grande, puro, santo, ¿dónde tiene su origen? En el dolor. Examinemos bien todo lo que nos interesa, nos conmueve, nos admira, nos entusiasma, y hallaremos en el fondo algún dolor, algún grande dolor como su raíz necesaria.

»El dolor es el gran maestro de la humanidad. ¡Qué lección tan sublime encierra á veces una lágrima que vertemos ó que enjugamos!

»El dolor espiritualiza al hombre mas grosero, torna grave al mas pueril, le aleja de las cosas de la tierra, y parece que le hace menos indigno de comunicar con Dios.

»El dolor levanta al caído, abate al fuerte, confunde al sábio, inspira al ignorante y establece un lazo de amor entre los que se aborrecían.

»El dolor purifica lo que está manchado, santifica lo que es bueno y diviniza lo que es santo. Acostumbrémonos, pues, á mirarle como un poderoso auxiliar que Dios nos envía para la perfección del hombre, como al solo cauterio

que puede poner coto á la gangrena de la corrupcion humana.

«¿Pero cómo esta corrupcion es tan grande, si el remedio se ve, por todas partes con profusion lastimosa? El dolor enseña, purifica y eleva: donde quiera que volvamos los ojos, vemos dolores sin número: ¿cómo, pues, no poseemos todos la verdadera ciencia y somos puros y grandes? ¡Ah! Porque el dolor sin compasion en vez de moralizar deprava; y no es un elemento de moralidad, sino á condicion de ser compadecido y consolado. Hijo misero de la tierra, solo enlazado con la caridad que viene del cielo, produce el arrepentimiento y el heroísmo, las lágrimas santas de la gratitud y las de la compasion que caen como un divino bálsamo sobre las heridas de la humanidad culpable y afligida.

«Entremos, dice luego el manual, dentro de nosotros mismos antes de entrar en casa del pobre y preguntémonos: ¿Qué somos? ¿Qué hemos hecho para merecer nuestra posición, nuestras riquezas, nuestros honores? ¿Qué hemos

hecho para evitar las desgracias ó los extravíos que deploramos en otros? ¿Qué noble empleo hemos dado á nuestra inteligencia, á nuestra riqueza, á nuestro poder? ¿En qué grandes luchas ha triunfado nuestra virtud? ¿Qué grandes sacrificios hemos hecho por los que acusamos? ¿Qué sublimes ejemplos hemos dado á los que intentamos corregir? ¿Qué mérito hay de nuestra parte en no caer en faltas de que no podemos tener ni la tentacion siquiera? Si esto nos preguntamos en el silencio de nuestras pasiones acalladas, si á esto respondemos en la sinceridad de nuestra conciencia, ¿quién de nosotros se atreverá á levantar la mano para arrojar la piedra de su desden y de su cólera sobre los míseros que Dios no colocó tan abajo sino para que los levantásemos? ¿Quién tan desvanecido por la felicidad, que crea merecerla?

»Todas las circunstancias que á nuestro parecer nos elevan sobre el pobre, son puramente accidentales. Nuestra fortuna constituye nuestro mérito, y

rara vez podemos reclamar otro que el empleo que hagamos de sus dones. ¿Y quién de nosotros se atreverá á reclamarlo? ¿Quién hay tan ciego que se atreva á decir á Dios ni á los hombres: —Yo hice todo el bien que he podido hacer; yo evité todo el mal que estaba en mimano evitar? ¿Quién hay que no sea justiciable de alguna de estas dos grandes faltas, hacer verter lágrimas ó no haberlas enjugado?»

Pasando luego á examinar las acusaciones que suelen hacerse á los pobres, ¡con qué tino y con qué delicadeza las examina! Decimos que mienten, y nos contesta:

«Un niño tiene hambre, tiene frio, sus padres no pueden darle lumbre ni pan. Sale á la calle, alarga la mano, nadie repara en él. Dice que no tiene que comer, todos pueden notar que está helado, pero todos pasan sin notarlo. Entonces exagera la verdad como se esfuerza la voz para hacerse oír en medio del tumulto, dice que son seis hermanos, que sus padres están en el hospital,

que no tiene padre ni madre, etc. Pasa uno, no le cree: pasa otro, le da crédito, se mueve á compasion y le socorre. Aprende prácticamente que con la mentira alcanza lo que con la verdad no consiguió. La mentira, pues, es un excelente medio que adoptará sin escrúpulo, sus padres no se lo reprueban, á nadie hace daño con él... miente un día, dos, un año... mentirá toda la vida.

»La mentira del pobre es una consecuencia de la dureza del rico y de su abandono.»

Decimos que es imprevisor, y discurre así:

«Es incomprensible para nosotros este olvido del porvenir y hay una fuerte propension á condenar lo que no se comprende. Debemos notar un hecho cuya analogía podrá ayudarnos á disculpar la imprevision del pobre. Si un hombre inmortal viniera á vivir entre nosotros, si viera cómo amamos la vida, cómo tememos la muerte, ¿comprendería nuestro contentamiento sabiendo que son tan contados los días que hemos de

vivir sobre la tierra? Cada uno que pasa nos acerca á la tumba, pasa la niñez y la juventud, somos viejos, la muerte, esa muerte tan temida, está allí á dos pasos, y, ó no la miramos ó no la vemos; y seguimos alegremente nuestro viaje como si ignorásemos lo que hay al fin de él. Los pobres no piensan en la vejez. ¿Y nosotros pensamos en la muerte?»

Al cargo mas grave y al parecer mas fundado que hacemos á los pobres de que son insensibles ó al menos que no sienten como nosotros, contesta de esta manera:

«Comprendemos que los pobres por su género de vida sean menos susceptibles y que el hábito de sufrir endurece para los sufrimientos; pero si restáramos de nuestra decantada sensibilidad la hipocresía, que los pobres no tienen, y las conveniencias sociales, que desdeñan y acatamos nosotros, no nos pareciera tanta la distancia entre su modo de ser y el nuestro. ¿Qué diferencia esencial hay entre el pobre que despues de perder una persona querida, sin consultar

mas que su corazon, se va á la taberna, y el rico que consulta impaciente el calendario para ver el dia en que podrá cambiar de traje ó ir al teatro?»

Mucha verdad encierran estas observaciones, pero resplandece mas y brilla por su natural sencillez en los diálogos que sostiene con los pobres la autora.

«Pero supongamos, dice, que en general los pobres sienten mucho menos, admitámoslo como regla, ¿creemos que no tiene escepciones numerosas?»

—¿Cómo vi, Juan?

—Medianamente, señora: con este tiempo no es posible trabajar. Algunos ratitos que no llueve hago algo en la huerta de D. N.... y me dan la comida.

—¿Y á dónde va Vd. con ella?

—La llevo á casa.

—Poca cosa será para todos.

—Poca, pero á lo menos así aprovecha; porque comer yo solo pensando que mi mujer y mis hijos no comen. . . .

—¿Qué es eso, pobre María? ¿Se han aumentado los dolores?

—No, señora.

—Pues ¿por qué está Vd. tan afligida?

—Hoy hace siete años que me despedí de mi hijo de mi alma que murió en el hospital. Me parece que le estoy oyendo. ¡Adios, madre mia, me decia, *no nos volveremos á ver!* Y no nos vimos mas. Llegó la hora, tuve que dejarle y murió sin que yo supiese cómo, ni oyese la última palabra que dijo.

—¿Qué ha tenido Vd., Antonia?

—Me encuentra Vd. muy cambiada, ¿no es verdad?

—¿Ha estado Vd. mala?

—Sí, señora.

—¿Qué ha sido?

—Una pena que fué para morir de ella, pero los pobres no morimos de penas.

—Los ricos tampoco. ¿Qué le ha sucedido á Vd.?

—Mientras hallaba dónde recojirme, estaba en aquella casa que Vd. sabe de gente poco buena. Se puso malo el niño y se me murió en pocas horas. No esta-

ba empadronada, me dijeron que en aquella parroquia no le querian enterrar porque no pertenecia á ella, que los iba á comprometer; que no habia médico que diese certificacion de que el niño murió de enfermedad porque ninguno le habia asistido, que me acusarian de haberle matado... le cogi, yo su madre, le llevé muerto por las calles, por tantas calles como hay de allí á la inclusa y lo dejé en el torno. Luego eché á correr horrorizada y después nó sé lo que me pasó, hasta que me vi enferma en el hospital.

«¡Los pobres tambien sienten, y cuando uno siente con delicadeza, con vehemencia, es horrible ser pobre! ¡La falta de medios materiales y de consideracion qué de torturas añade á la pena que Dios envia! Aquella pobre madre ve consumirse lentamente á su hijo. La dicen que le lleve á tomar baños ó variar de clima, no puede; que al menos cambie su habitacion por otra menos lóbrega y húmeda, no puede tampoco; que le dé

alimentos mas nutritivos, no tiene medios. Al fin le ve caer y espirar. Al mismo tiempo sus hermanos lloran de hambre y es preciso atenderlos: luego rendida de cansancio y de dolor duerme al lado del hijo que no despertará; por la mañana se horroriza de su sueño; ve sacar el cadáver, sabe que le llevan á la fosa comun; que nunca podrá arrodillarse junto á una cruz y decir llorando: «¡Aquí está mi hijo!»

De tantos y tan numerosos consejos como da á los que visitan á los pobres, no hay uno que no demuestre una gran profundidad y tino en la observacion, ó una delicadeza de sentimiento que resalta mas cuanto mas comunes y triviales son los objetos que los citan. Tratando de las miserables habitaciones de los pobres, fétidas ó desabrigadas, dice:
— «Procuremos mejorar las condiciones higiénicas de la habitacion de los pobres, cuidando mucho de hacerlo de modo que él no sospeche nunca que es nuestra comodidad y no su bien el móvil de semejante conducta. Si el aire

está viciado, cosa muy comun, podemos abrir la ventana con un pretesto cualquiera, notando la buena vista que de allí se disfruta, para observar un objeto que hay enfrente, etc., etc.; y luego como por descuido la dejaremos abierta. Podrá ser que el pobre note una grata impresion con el aire renovado, y entonces *ya no hay mas que hacer*: mas podrá ser que no, porque la miseria embota hasta el instinto de conservacion. Entonces, ya en pié para marcharnos, debemos esplicarle del mejor modo que podamos que el aire respirándole se vicia, se hace infecto; y si no se renueva, basta por sí solo para producir á la larga enfermedades y agravar desde luego cualquiera que se padezca, despues le pedimos permiso para abrir un poco y nos vamos *á fin de que nunca imagine que lo hemos hecho por comodidad nuestra*.

»Otras veces por el contrario, hay que evitar la entrada del viento que penetra por todas partes. Se tapan con papeles llevados al efecto las rendijas, se pide

un poco de yeso de la obra mas inmediata para tapar unos agujeros; se pone un bramante en cruz para que sostenga el papel de una ventanilla en donde el viento le rompia siempre, se unen algunos pedazos de estera vieja ó alfombra para cubrir el frio ladrillo, etc., etc. El pobre, que nada de esto remediaba, apenas ve que ponemos manos á la obra, es otro hombre. ¡Con qué actividad nos ayuda! ¡Con qué solicitud procura que no nos manchemos, que no hagamos esfuerzos que puedan perjudicarnos! ¡Infeliz! Lo que no hacia por sí, lo hace por nosotros! ¡Parece que no se ama, sino porque le amamos!»

Y la que tanto amor descubre y tanto amor inspira á los pobres cuando gozan de buena salud, ¿qué no sentirá y nos hará sentir cuando están enfermos? Pero mas que el vivísimo sentimiento de compasion á que nos mueve, hay que admirar el profundo conocimiento del corazon humano que manifiestan algunas de sus observaciones. Prescindiendo de otras mas prolijas y acaso mas inte-

resantes, consignamos aquí únicamente las primeras que hace:

«Cuando el pobre está enfermo, dice, no solo tenemos la seguridad de encontrarle á todas horas en su casa, sino la de hallarle mejor dispuesto á escucharnos. Está solo, los compañeros de sus desórdenes le abandonan en sus dolores, los lazos de familia son débiles ó se rompieron por sus malos procederes, y el aislamiento moral y material le abruma, como abruma la soledad al que no tiene para consolarla ningun dulce recuerdo, ninguna aspiracion santa: podemos estar seguros de que por mas pervertido que esté, y por mas hostil que nos sea, deseará el momento de nuestra visita.

»La enfermedad, no solo pára al hombre que corria en pos del vicio, sino que le modifica de un modo muy favorable á su regeneracion. Desde luego le espiritualiza, porque los sentidos callan y los apetitos groseros no ofuscan la luz de la razon. Esta se pierde en algunos casos, pero con mas frecuencia adquiere mayor actividad, sobre todo en esta clase

de hombres que, teniéndola como aletargada, parece necesitar que la fiebre les comunique un nuevo impulso. El amigo perverso no está allí personificando la mala tentación. En vez del ruido del mundo con que se aturde el remordimiento, hay el silencio de las largas noches que no se duerme, tan propio para hacernos entrar en nosotros mismos y oír la voz de la conciencia. A la arrogancia, hija de la fuerza física, suceden el abatimiento de la debilidad y del dolor, y la disposición á reconocer nuestra miseria y á buscar alguna idea que levante el espíritu de aquel cuerpo tan caído y tan doliente. El mal hábito que no podía romper, la enfermedad lo ha roto; ya no puede ir al lugar en que pecaba: ese recuerdo tal vez le inspira horror, porque le considera como la causa del estado en que se halla: si apreciamos bien todas estas circunstancias, comprendemos que la enfermedad puede ser un auxiliar poderoso para corregir al pobre pervertido.»

Podrán parecer á la Academia mu-

chas y demasiado largas las citas que hago, porque no ve las muchas que suprimo.

Si yo me hubiera atrevido á extraer, podría parecer el trabajo mas completo, siendo mas breve, pero habria sido una doble profanacion el mutilar pensamientos tan delicados y frases tan felices. Renuncio, aunque con pesar, á citar algunos pasajes del capitulo mas profundo, sin duda consagrado á los enfermos de espíritu, porque no acierto á elegir: ¡tan atinado, tan profundo y tan elocuente es todo lo que contiene! y termino el exámen del *Visitador del pobre*, rogando á la Academia que oiga atentamente su conclusion:

«Mis últimas palabras no se dirigen al *Visitador del pobre*; él sabe por experiencia cuántas lecciones se reciben, cuántos consuelos se hallan en la práctica de la caridad: no hay que recomendarla; como la conoce, la ama. Si la casualidad lleva este libro á manos de una persona que no ha visto nunca de cerca los dolores del pobre, si no le ar-

roja desdenosamente, si lee con interés alguna de sus páginas, la autora, en premio de las lágrimas que ha vertido al escribirlas, le pide una buena accion: que se acerque una sola vez á donde gime la desgracia, al hospital, al hospicio, á la cárcel, á casa del pobre. ¡Oh tú, quien quiera que seas, hombre ó mujer de corazon, donde el mio ha encontrado algun eco, ven, ven, entra: no pases por Dios, sin entrar, por delante de la puerta de ese desdichado! ¡Si supieras qué fácil y qué dulce es hacer bien! ¡Si supieras con qué poco esfuerzo podias dar la libertad á aquel inocente encarcelado, salvar la vida á aquel pobre niño que muere por falta de alimento, guiar al que se estravia, fortalecer el ánimo del que decae, dar esperanza al que la ha perdido y consuelo al que no tenia ninguno! ¡Si supieras cuántos hay por tierra porque no tienen quien les alargue la mano, cuántos enfermos de cuerpo ó de alma, porque como el de los libros santos, no pueden ir en busca del agua que da la salud ni han hallado quien los

lleve! Entra, entra. Aprende á ser bueno, y á ser feliz, y á ser desgraciado. Llorá alguna de esas lágrimas santas que arranca el dolor ageno, de esas lágrimas que, cayendo sobre el corazón, le consuelan si sufre, y si está manchado le purifican. Completa tu felicidad con esa celeste alegría que Dios reserva á los que hacen bien. Sobrelleva paciente tu desgracia viendo la resignación del que sufre mas que tú. Entra, entra. Aprende á conocerte, no te calumnies: tú vales mas que imaginas, tú eres mejor que lo que pensabas. Por ignorancia, por ligereza, te colocaste entre los miserables; y, ya lo ves, en tu corazón hay un tesoro. ¡Tu corazón! ¿Y es completamente dichoso el corazón tuyo? ¿No le atormenta, no le aflige ninguno de tantos dolores como pueden apenarle? Si no ha sufrido, si no sufre, sufrirá; esa es la ley; y para sus heridas, ¡qué bálsamo tan prodigioso podríais hallar en la caridad! Aspiraciones imposibles de alcanzar, deseos que no pueden realizarse, vacíos que nada llena, dolores en todos

los grados, bajo todas las formas, que escarnecen la razon, que no escuchan la fé, que rechazan la esperanza, han hallado en la caridad dulce consuelo. Si comunicaras con los desdichados en tus penas y en tus prosperidades, tus dolores serian menos acerbos y tus alegrías menos incompletas. Si no tienes una mirada piadosa que dirigir al desvalido ni le ofreces una mano amiga, si eres desdichado corres peligro de desesperarte, y si dichoso de envilecerte. Sé bueno en la prosperidad para que Dios te la bendiga y no sea maldita entre los hombres, sé bueno en la desgracia para quitarle lo que tiene de mas acerbo; y cuando tus oidos estén sordos al consejo y al consuelo, que penetre en ellos la celestial melodía de una bendicion. ¿Y no te parece que hay algo de repugnante y de impío en esa felicidad que olvida al infortunio? ¿Y no te parece que Dios debe negar la entrada en su reino al dichoso que no lleva sobre su cabeza la bendicion de algun triste? No pases de largo por la puerta del afligido:

entra, aunque sea una vez sola: si eres dichoso, para ser bendecido: si eres infeliz, para ser consolado.»

Como ve la Academia por las últimas palabras de este precioso libro, que si entre nosotros se premiaran los que se consideren mas útiles, no es fácil que hubiera ninguno que le disputase la primacía; su objeto no es tanto dirigir á los que se dedican á la santa obra de visitar á los pobres, como escitar á todos á que sigan su ejemplo. Para fijar, por consiguiente, á la importancia del grande objeto que su elocuente autora se ha propuesto, y para averiguar hasta dónde será posible lograrlo, es preciso examinar si su trabajo es oportuno y necesario, y si hay algun obstáculo que se oponga á la realizacion de las nobles intenciones que lo han dictado. No es este el momento de, ni soy yo el llamado á, esponer el estado de la beneficencia y de la caridad en España; pero el exámen de esta importante obra exige que haga algunas observaciones sobre este asunto, y lo requiere tambien el

paralelo, que resulta de la lectura de este libro y el manual inglés.

El estado de la beneficencia en España al principio de este siglo, ya que es preciso considerarla como uno de los primeros deberes del gobierno, era peor aun que el de los demás ramos de la administracion pública, que es cuanto es posible decir para encarecer su lastimoso atraso y su completo abandono. Aca- so no habia en Europa ninguna nacion que pudiese competir con la nuestra en la riqueza y aun en la opulencia con que fueron en lo antiguo dotados nuestros hospitales, hospicios y toda clase de establecimientos piadosos. La caridad de los españoles, que era una de las mas nobles prendas de nuestro carácter, nuestro ferviente espíritu religioso que tan felizmente se hermanaba con ella, y nuestras flotas de América, concurrían de consuno á aumentar las antiguas fundaciones y á crear otras nuevas, muchas veces mas allá de lo que aconsejaba la conveniencia en algunas partes, dejando en otras de atender á lo que era

necesario. A esta falta de difícil remedio, aunque no por eso menos sensible, se agregaba en general el vicio orgánico y esencial de estas fundaciones, el de las manos á que se encomendaba su administracion, sin que tuvieran que temer una inspeccion eficaz y mucho menos una verdadera fiscalizacion. Agréguese á esto la disminucion de nuestras rentas por las vicisitudes de los tiempos y por consecuencia de la disminucion del valor del dinero, y no se estrañará que viniesen á menos, y aun que desaparecieran las mas sólidas fundaciones. Sin embargo, se conservaba la idea de su riqueza, pasaba como verdad que los pobres en España nacian con un derecho en su miseria á disfrutar de las mas pingües rentas destinadas á cubrir todas sus necesidades, y nadie se cuidaba de aumentar un tesoro que se creia inagotable. No es esto decir que las almas virtuosas, en aquellos, como en todos tiempos, no se apresurasen á socorrer y á consolar á los necesitados y á los afligidos de que tuvieran noticia,

pero no se habia pensado en organizar la caridad, ni se habia creido que la Beneficencia pública necesitaba semejante auxiliar. El público veia inmensos edificios destinados para asilo de los desvalidos y para la curacion de los enfermos, y cuando nada se publicaba y nada se sabia de lo que pasaba en el interior de ellos, y ninguna participacion tenia ni podia tener en ningun ramo de la administracion, creia, sin duda, si acaso se le ocurria pensar en esto, que unos y otros estarian bien asistidos. Los que lo estaban, por lo comun, eran los directores ó administradores, y hasta tal punto algunos de estos, que ocupaban ellos solos los establecimientos que debian dirigir, y consumian todas sus rentas, sin que fueran parte á impedirlo el celo y la virtud ejemplar de tantas personas nobles y distinguidas como por su caridad ó por comision que se les diera, se consagraban á vigilarlos y hacer todo el bien posible á los acogidos. Por mas extraño que esto parezca, podrian citarse de ello muchos ejemplos. Como

muestra, aunque en pequeño, citaremos uno. Habia en la calle de Toledo, y muy cerca de la puerta de este nombre, un albergue de peregrinos, y como en este siglo es cosa verdaderamente peregrina tropezar con algunos que merezcan este nombre, quiso la autoridad averiguar si se distraian sus fondos en albergar á otra clase de gentes. Ocurrió esto en el año de 1835. El administrador que allí vivia habia sido nombrado en 1803, y resultó probado que desde aquella fecha, cuando menos, nadie absolutamente, ni peregrino, ni vecino, habia sido acogido en aquel asilo, que se cerró inmediatamente como se han cerrado otros muchos. Entre otros, merece citarse un hospital para estudiantes que habia en Alcalá, donde nadie habia conocido un estudiante enfermo. Tenia buena rentas y recibia además una consignacion de la Universidad, de modo que el administrador ó patrono podia pasar muy regalada vida. Se cerró tambien el propio año, y las rentas de estos aparentes establecimientos sirvieron para otros ver-

daderos y muy importantes de beneficencia.

Así se han ido centralizando los fondos de esta que serán inmensos, si logran descubrirse todos; y las leyes hechas en Córtes han introducido útiles y trascendentales reformas, y autoridades muy celosas se han distinguido justamente en mejorar algunos establecimientos muy importantes que casi siempre habian estado muy mal dirigidos. Esto se ha debido al régimen constitucional; pero por desgracia no se ha desarrollado hasta ahora entre nosotros un principio de los mas esenciales en la vida de los pueblos libres, el de la libertad de asociacion.

Prescindiendo por completo de toda aplicacion de este principio á las materias políticas y á todas las que con estas tengan relacion, es imposible tratar de la beneficencia en España, sin examinar esta cuestion respecto de las asociaciones de caridad y aun de las sociedades de socorros mútuos y de todas aquellas que tengan por objeto mejorar

la condicion material y moral de las clases menos acomodadas. Supongamos que la administracion general, provincial ó municipal consiguiera llevar hasta la perfeccion, cosa bien dificil, el régimen interior de los hospitales, de modo que nada faltara de cuanto pudiera desearse para la curacion de los enfermos. Aun en este caso les faltaria todo para su consuelo, para suplir en cuanto fuera posible el cuidado de sus familias y para aprovechar el estado de su espiritu del modo que tan elocuentemente se esplica en uno de los párrafos que acabo de leer. Hay, es verdad, en tales establecimientos uno ó varios directores espirituales; pero, como ha dicho un profundo pensador, mas que para la direccion moral de los enfermos, y no juzgando de lo que su virtud les dicte sino de lo que hagan oficialmente, parece que solo están allí como el capellan de la plaza de toros, *por si hay que dar la uncion*. ¿Ni quién podrá suplir el celo desinteresado, la abnegacion, la humildad, la paciencia de los que por amor

á sus semejantes, por sus simpatías hácia los desgraciados se consagran á la asistencia y al cuidado de los pobres enfermos? Las hermanas de la caridad han reemplazado felizmente en muchos hospitales á los enfermeros y dependientes mercenarios, pero ellas son las primeras en reconocer la necesidad de una sociedad caritativa, que con mas autoridad moral y superior representacion, pueda proteger á los enfermos contra las exigencias y los abusos de la administracion.

Pero para que se vea con toda claridad que no es dado ni al gobierno ni á ninguna autoridad hacer el bien por sí solos en lo que toca á la beneficencia, permítame la Academia que tome por ejemplo una reforma que todos agradecemos y que todos hemos aplaudido. No se puede hacer mas en favor de la administracion que examinar únicamente lo mejor que ha hecho, la estincion de la mendicidad en Madrid. Cuando se fundó el asilo de San Bernardino y se recogieron los mendigos, exclamábamos todos con

gran complacencia: «¡Ya no hay pobres en Madrid! ¡Qué fortuna para los desgraciados! ¡Qué consuelo para todos los habitantes de la capital!» ¡Quién nos habia de decir entonces que tantas ventajas se habian de convertir en una ilusion, algunas veces en una mentira, otras en un cruel sarcasmo! No me refiero en este momento ni á la insuficiencia del asilo para el objeto con que se fundó, ni á los abusos que en él se habrán introducido como en casi todos los establecimientos dirigidos exclusivamente por personas asalariadas, aunque en lo uno y en lo otro puede consistir en gran parte el mal. Hay otro mayor. El del modo con que son recogidos los pobres. Algunos no lo son de ninguna manera. No es fácil explicar cómo alcanzan este privilegio, pero es notorio que lo disfrutan años y años, salvo aquellos pocos dias en que el rigor de alguna autoridad los ahuyenta momentáneamente. La imposibilidad de lograr por completo sus deseos y la presion de otros negocios que están á su cargo las impi-

den dedicar á esta toda la atencion necesaria. Lo mismo decimos de todós los que pertenecen á corporaciones ó juntas de beneficencia. Les hacemos plena justicia, como á todos los que en este y en cualquier otro punto se puedan creer aludidos, y las concedemos el celo que sin duda ninguna tendrán. El mal no está en los hombres, pues que estos cambian, y él subsiste si es que no crece cada dia. La autoridad tiene que valerse de agentes subalternos para recojer los mendigos. Lo que se hace por oficio, claro es que no se hace con caridad. Los que antes la tuvieran, la perderán. Los que no la hayan tenido jamás, se harán crueles.

Tal es nuestra miserable tendencia y tanta la fuerza del hábito. Pero este inconveniente será pasajero ya que es inevitable, dirá alguno: con buenos ó malos modos los dependientes entregarán los pobres en el asilo, donde serán bien tratados. No sé si se habrá hecho así alguna vez, pero hace mucho que donde se les conduce es á una especie de cue-

va, donde no se les da ningun alimento y donde están privados completamente de la luz y hasta del aire. Allí pasan cuando menos una noche, sin abrigo ninguno, envidiando la paja que sobra á unas mulas que pared por medio esperan que las empleen en arrastrar las bombas de la villa. Aquel es un castigo inhumano y de todos modos escesivo para el que pide limosna porque no tiene pan. Pero aquel castigo puede evitarse; la libertad se puede comprar y por poco dinero, si los pobres se pueden proporcionar alguno. Con dos ó tres reales (la tarifa suele sufrir algunas alteraciones) pueden lograr los infelices su rescate. Y esto lejos de ser raro sucede todas las noches. Trabajo costará á los señores académicos el creer esto. Tambien yo negué todo crédito á la noticia la primer vez que llegó á mis oidos, pero tuve que rendirme á la evidencia. De los innumerables casos de que podria hablar con perfecta seguridad, citaré únicamente dos, comprobados por personas de tanta veracidad, que si pronunciara

su nombre bastaría para que se le relevase de toda prueba. Pero los que saben originalmente estas cosas es porque se las enseña la caridad y la confianza que inspiran á los pobres que socorren y consuelan; y no se recelan tanto los culpables de ser descubiertos como de ser conocidas las almas caritativas y generosas.

Y la Academia, que no puede querer que yo falte al rubor de la virtud ajena, se contentará con lo que la diga un testigo casual y afortunado. Una viuda de un honrado militar, enferma crónica con una hija imposibilitada, tenia por único auxilio para cuidar á las dos un hijo de once años, y por único recurso la caridad de los que sabian y compadecian su desgracia. Hay en la desgracia, como en todo, sus alternativas. A veces cuando la necesidad es menor, es mayor la caridad, y otras aprieta el mal, ahoga el hambre y por ningun lado asoma la esperanza. En una de estas tristes ocasiones, el niño que cuidaba sus enfermas como pudiera hacerlo una her-

mana de la caridad, no teniendo nada que darlas, salió de noche á pedir una limosna para ellas y fué conducido inmediatamente á la cueva á que hace poco he aludido. No seré yo quien pinte la afliccion de aquella madre, que, gravemente enferma, abandona su pobre lecho en busca del hijo de su alma, sospecha su triste paradero, quiere participar de su suerte, y logra este favor porque promete pagar el rescate. El cuadro que presenta esa interesante familia, en el que se destaca la noble figura de Emilio, lo trazó nuestra ilustre laureada en un romance (1) que tanto por su mérito literario, que no cabe mucho en una composicion de este género, como por la sensibilidad y la ardiente caridad que revela, creo que ha de llamar la atencion de los señores académicos, y estoy seguro de que si lo leen á sus familias sentirán el mas puro placer viéndolas derramar lágrimas dulces de ter-

(1) La Academia acordó que este romance se imprimiese á continuacion del informe.

nura y de compasion. Lo dejaré sobre la mesa con este informe y para hacerlos menos largo, solo diré que la pobre madre de Emilio, que este es el nombre del niño y el titulo del romance, encontró quien la socorriese en aquel lance y pagó el rescate su hijo.

Por el mismo tiempo vivia en una de las calles mas estraviadas de los barrios del Sur de Madrid, un antiguo y retirado militar que, habiendo perdido un ojo en la guerra, obtuvo un modesto empleo civil que desempeñaba con lealtad y notable celo. Pero ni estas circunstancias, ni sus pasados servicios, ni la honrosa señal que en su rostro llevaba, fueron parte á impedir una inmotivada cesantía, de esas que no tienen mas objeto que el de dejar un hueco para el favor ó para las exigencias de los partidos. Cual mas, cual menos, todos las tienen, y ninguna podrá decir con verdad que al satisfacerlas no haya perjudicado alguna vez á buenos servidores del Estado. El perjuicio que á este infeliz causó fué el mayor posible, porque coincidió con

enfermedades y desgracias de familia, que pronto redujeron á esta á la mas espantosa miseria. Tambien él enfermó, y careciendo de todo alimento, se resolvió una noche su desgraciada esposa á salir á la calle á implorar la caridad pública. No se atrevió á pedir limosna, pero la miseria que su traje descubria, que llamaba mas la atencion por su juventud y gracia naturales, su actitud humilde y su visible afliccion, bien claro decian á todos los que la vieran que la necesitaba y la esperaba de su compasion. Quiso su mala suerte que el primero que se acercó á ella y la socorrió fuese algun encargado de vigilar secretamente el servicio de recoger los mendigos de la corte, y mandó inmediatamente dos dependientes que la condujeran al depósito. ¿Se puede considerar como mendigo al que no pide y se limita á recibir la limosna? Cuestion es ésta que examinaremos despues que ahora llama con preferencia nuestra atencion la suerte del desgraciado marido que, enfermo y rodeado de sus ham-

brientos hijos, espera por momentos la vuelta de la que había de socorrerlos y cuidarlos, y recibe la noticia de que está detenida en una cueva sin luz y en compañía de varios hombres que habían sido arrestados del mismo modo. ¡Quién podrá comprender el efecto que produciría tan triste nueva en aquella atribulada familia! El enfermo olvida su mal, abandona sus hijos y hallando en las bascas del honor y en el santo amor conyugal las fuerzas que le negaba su enfermedad, acude al depósito para librar de la infamia á su inocente esposa. Pero no tiene para pagar el rescate y nada consigue. Entonces se le ocurre quedarse en rehenes para que su mujer salga de allí y vaya á cuidar de los niños y á buscar los dos reales con que comprar su libertad; y esta proposición, tan propia de un padre y de un esposo en aquellas circunstancias, no pareció impropia á los agentes de la autoridad que consintieron en semejante canje. Lo que allí vió, lo que allí pasó el infeliz en aquella terrible noche, lo escribió en se-

guida con la elocuencia del sentimiento, pero con tal dignidad y tal mesura que asombra en quien tendria naturalmente el pecho henchido de indignacion. Este escrito circuló por las redacciones de varios periódicos de diversas opiniones, y ninguno se atrevió á hacer las tristes revelaciones que contenia. No los culpo. Temian las causas de real órden. Su temor me pareció fundado. No sé si yo debo tener alguno por los disgustos que siempre proporciona el descubrir las llagas ocultas de la sociedad y los vicios de la administracion, pero sé que esto no me debe detener cuando no me detiene el empacho que siento en confesar que una noche, viniendo á esta Academia, cuando celebraba sus sesiones en la casa de la Panadería, tuve el buen pensamiento de entrar en aquellos subterráneos, donde ví plenamente confirmado lo que me costaba trabajo creer, á pesar del sello de verdad que marcaba el escrito del infeliz cesante. Ni luz, ni aire, ni abrigo, ni paja siquiera de la que en efecto sobraba á las mulas, ha-

bía para los pobres encerrados. No habia aquella noche ninguna mujer, y para no hacer mas grave la culpa de quien quiera que en lo demás la tenga, debo declarar que me enseñaron otra especie de calabozo destinado á las mujeres, que segun me dijeron solo habian estado confundidas con los hombres el tiempo, que no fué corto, que se tardó en habilitarlo. Suprimo pormenores y circunstancias que no podria oir sin mucha pena la Academia, y vuelvo al modo con que fué detenida la desgraciada madre y esposa que incautamente aceptó la limosna que no pedía.

Importa mucho, por lo que toca á la administracion, y mas todavía por lo que toca á la caridad, saber si estando prohibido pedir limosna, lo está tambien darla y recibirla. No creo que esto se haya prohibido espresamente en ningún bando; y la práctica ha variado sin causa conocida, por causas que yo no he podido descubrir, á pesar del empeño con que lo he procurado, desde la tolerancia, la mas manifiesta hasta la mas

cruel é incomprensible persecucion. Un benéfico caballero, título de Castilla, cuya casa está muy próxima á la que yo habito, emplea una buena parte de su fortuna en socorrer á los necesitados. Nadie llegaba á su puerta que no fuese sócorrido. El número de los que acudian se aumentaba naturalmente de dia en dia, y formando en dos filas para llegar por su órden á la casa, rebasaban la esquina de la calle inmediata. Era un espectáculo consolador para los vecinos contemplar la bondadosa paciencia del bienhechor, el reconocimiento de los sócorridos y la alegría de sus numerosos hijos, á quienes por separado daba siempre algunas monedas. Pasó así mucho tiempo, y sin que se hubiese advertido que por esta causa se turbase el órden, empezó la policía municipal á molestar á los que aguardaban la limosna. Pero la caridad se entiende fácilmente con los necesitados y madrugamos que la policía. La hora del reparto se adelanta, y antes de que salga el sol está concluida la piadosa operación. Reciba las bendi-

ciones que merece quien así mudruga para hacer bien. No fué, sin embargo, muy duradero su contento. Se ha visto muchas veces, antes de que viniera el día, y cuando empezaban á acudir los pobres, agentes que los perseguían y apresaban. Huían como era natural, y cuando los alcanzaban, eran maltratados sin piedad. Se ha visto muchas veces á las pobres mujeres con sus niños en los brazos golpeadas cruelmente, afligiendo con sus quejas y lamentos á la vecindad. Las señoras se apartaban llorando de los balcones, y los hombres..... los hombres, por no faltar á ciertas consideraciones sociales, que la humanidad no puede comprender y menos disculpar, ó por no habérselas de frente con los agentes de la autoridad, que miran con respeto aun en los momentos en que yerra, no acudían á su socorro ni querían presenciar las escenas que habían de encender su indignación. En esto paró aquel tierno y consolador espectáculo, que era la alegría de la pacífica calle de las Infantas. Aho-

ra creo que la limosna se distribuye, con la posible reserva, en la puerta de una iglesia inmediata.

Hemos escogido de intento el acto mas plausible y mas aplaudido en efecto de la beneficencia oficial; y el exámen mas ligero nos hace ver la imperfeccion y la irregularidad con que se ha llevado á cabo, los males que ha producido y los abusos y los excesos á que ha dado lugar. Es que la virtud no puede ser nunca cosa de oficio y nunca debe hacerse por manos mercenarias lo que se pueda hacer por las de la caridad. Hay mas: hasta en los casos en que esta sea insuficiente, cuando la sociedad tenga que ofrecer recursos para satisfacer ciertas necesidades que de otro modo quedarian desatendidas, debe procurarse la cooperacion de las sociedades caritativas, y en lo que estas puedan hacer por sí solas dejarlas la mas completa libertad de accion.

Es esto lo que se ha hecho y se hace en España? ¿Cuál es la legislacion que rige en la materia, ó á falta de ella la

jurisprudencia que se ha establecido? ¿Con qué criterio se resuelven estas cuestiones? ¿Se protege ó se quiere destruir ese espíritu de asociacion para objetos caritativos? ¿Podemos continuar como estamos? ¿Hemos de renunciar al gran progreso moral y á los bienes materiales que estas asociaciones producen en otros puntos y mas particularmente en Inglaterra?

Si la Academia no está fatigada de tan largo informe, haré sobre estos puntos algunas observaciones. Hay una que salta á la vista. Nosotros no tenemos, propiamente hablando, una verdadera legislacion sobre sociedades caritativas. Tenemos muchas, demasiadas leyes, que tratan de las cofradías que era el nombre y la forma con que eran en otros tiempos conocidas, pero entre tantas leyes no creo que se encuentre ni una sola en que, considerando en sí misma tan grave materia y con absoluta independencia de otras que deben serle completamente estrañas, se haya dictado ni se haya tratado siquiera de dictar las dis-

posiciones que habían parecido mas adecuadas y convenientes. Nuestras antiguas leyes sobre cofradías han llegado hasta nuestros dias confundidas con aquellas tan severas y terribles que en los siglos xiv y xv y principios del xvi se fulminaron contra las ligas, ayuntamientos, parcialidades y bandos, que eran, con razon, odiosas al poder real cuando quebrantaban su unidad y amenguaban la fuerza y el prestigio necesario para la proteccion de todos los súbditos, y eran sin razon y por lo mismo mas ciegamente odiados cuando trataban de oponer justamente un dique contra sus violencias, como lo hicieron algunas célebres hermandades de Castilla. Solo así se puede explicar el rigor de aquella ley de Enrique IV que repitieron muchos de sus sucesores, que prohibia las cofradías bajo pena de muerte, por mas que se pusieran bajo la advocacion de cualquier santo y por mas honestos que pareciesen sus estatutos. A tal extremo de rigor era natural que en la práctica correspondiese otro de

indulgencia, para aprobar, de acuerdo con la autoridad eclesiástica, las cofradías existentes, y de tolerancia y disimulo con las que despues se fueron creando. Llegó á ser tan crecido su número y tan gravosos sus gastos, y tan frecuentes y tan dispendiosas sus fiestas, que nuestros mejores políticos y economistas señalan las cofradías como una de las causas del atraso de nuestra agricultura y de nuestras artes, y del empobrecimiento y decadencia de España. Oyó al fin estos clamores el señor rey D. Carlos III, y por motivos muy diversos de los que dictaron la terrible ley de Enrique IV, pero citándola y considerándola vigente, mandó de nuevo en 1783 que se suprimiesen las cofradías, y como cada gremio y oficio tenia las suyas, que consumian todos los años grandes sumas improductivamente, prescindiendo de lo que ganasen las almas de los cofrades difuntos y los clérigos que hiciesen los sufragios, mandó sustituir las cofradías por Monte-píos y acopios de materias para fomentar la industria

popular. En una instruccion que se dignó aprobar para la ejecucion de estas disposiciones en Madrid, condena enérgicamente los gastos superfluos de las cofradías, *en que suele sobresalir la vanidad mas que la devocion*, y añade, *que con la supresion decretada, los vecinos de Madrid lograrán tanto auxilio como si se les remitiesen todos los tributos*. Parece imposible que una conviccion tan profunda en el ánimo de un rey tan poderoso fuese tan ineficaz como debemos creer, pues ni se establecieron que sepamos los Monte-píos que decretó, ni desaparecieron ni se disminuyeron las cofradías que tenian todos los gremios. Hasta el colegio de abogados tenia como tal la suya dedicada á nuestro patrono San Ibo, cuya fiesta solemnemente celebrábamos.

Mas, ¿qué mucho que no se lograra en tiempo de Carlos III la trasformacion de las cofradías en Monte-píos, si, aun abolidos en esta época desde 1834 los gremios industriales, les han sobrevivido las cofradías? Inútiles han sido tam-

bien los esfuerzos de algunos ministros, cuyas circulares para la supresion de las cofradías que no deban subsistir, solo han servido para aumentar inútilmente algunas hojas á nuestra copiosa *Coleccion de Decretos*. No hay pueblo, por pequeño que sea, que no tenga una ó varias cofradías muy respetables por el Santo ó el objeto religioso que escogieron para nombre y amparo, pero en las que nada se hace ni se procura para mejorar la condicion de los cofrades, ni para instruirlos ni para moralizarlos en sus desgracias. Nada hay en ellas que revele el espíritu de fraternidad y de caridad, viniendo á ser unas compañías de seguros mútuos para la otra vida por los sufragios que recíprocamente se aseguran para cuando lleguen á morir, siendo en algunos pueblos tanto el capital que tienen que adelantar y tal el rigor con que se exige, que es muy frecuente el espulsar á cofrades ancianos que no pueden ya soportar el gravámen de las misas, perdiendo el fruto que se prometian de todas las que han mandado

decir por sus compañeros y el consuelo de las que por sus almas esperaban. Otros se arruinan ó al menos se empeñan para mucho tiempo el año en que les toca ser oficiales ó mayordomos de las cofradías para pagar los gastos, mas profanos que religiosos, de la fiesta del patrono. Y profanos son tambien los motivos que llevan á muchos á entrar en ellas, y algunas veces anti-sociales, dividiendo la vanidad y el nacimiento y la fortuna las clases que el espíritu cristiano y el amor al prójimo debían reunir en una sola.

Así han sobrevivido á su época, aunque con algunas honrosas escepciones, entre las que podemos citar una cofradía muy benéfica de Valdemoro, y llegado hasta nosotros sin mas principio de vitalidad que la fuerza de inercia, esas asociaciones que nuestros antiguos reyes quisieron contener, que Carlos III intentó en vano trasformar y que el régimen constitucional ha dejado en pié por causas que tocan muy de cerca á las vicisitudes por que ha pasado, para

que yo las esponga aquí, ni las indique siquiera.

Pero felizmente ha asomado entre nosotros la cabeza la nueva forma de la asociacion, y la caridad mas ilustrada se ha dedicado con preferencia á reunir todos sus recursos y todos sus consuelos para remediar los males materiales y morales de tantos pobres y de tantos desgraciados, que de otro modo no tendrían quien les socorriera, quien los enseñase ni quien los consolara. Y no han sido, por cierto, los hombres pensadores, ni los hombres de Estado, ni los que mas obligacion y mas medios tienen de estudiar y de conocer los males de la sociedad, los que han empezado este movimiento. La sensibilidad, la impasibilidad de las señoras, ha puesto en práctica lo que la ciencia no habia llegado á formular entre nosotros, y la justicia pide, y la gratitud que merecen exige, que reconozcamos aquí que se han señalado desde el principio y que siguen siempre señalándose entre todas algunas damas de las mas distinguidas de la

córte, por su posicion y su nacimiento. No citaremos en prueba de esto, aunque ofrezcan mucho interés, esas especies de férias y loterías piadosas, en que procuran como á competencia multiplicar hasta lo infinito el valor de los objetos cuyo producto se destina á la beneficencia, que mas bello y mas sublime es contemplarlas visitando las casas mas miserables de los pobres, vestidas con excesiva modestia para no ofender la miseria con el contraste de la opulencia, llevándoles por sí mismas lo necesario para su sustento ó su curacion, escuchando con bondad la interminable narracion de sus cuitas, consolándolos con su cariño y sus consejos ó cuidando y enseñando á sus miserables hijos. «Dios conserva los mios desde que cuido los de los pobres, antestodos se memorian,» decia una de estas distinguidas damas, cuyo mérito en todos sentidos me guardaré yo de indicar; porque fácilmente seria descubierta, y su modestia ofendida no me perdonaria ciertamente. Esta piadosa creencia, y tales y tan conspicuos ejem-

plos de virtud, de humildad, de abnegacion, que crean y fomentan las nuevas sociedades de caridad, han hecho y han de proporcionar mas bienes, que males han causado las antiguas cofradías.

¡Cuánta miseria han socorrido, cuántos vicios han corregido, cuántos dolores han mitigado, cuántos males, cuántos extravíos, cuánta desesperacion han evitado! Aunque en la tierra no podrian hallar recompensa mas alta que la satisfaccion de su conciencia y la bendicion de los desgraciados, no les neguemos, señores, el merecido tributo de nuestra admiracion y de nuestro reconocimiento, no solo por los beneficios que dispensan, sino mas principalmente por el noble ejemplo que dan, que ya ha sido imitado en algunas provincias y que lo ha de ser indudablemente en todas las de España. Seria muy prolijo referir á la Academia las muchas sociedades en que se han dividido y subdividido para crear nuevos establecimientos de beneficencia y las que se han formado á imitacion suya en esta córte; pero no me detiene

la consideracion de que os cansará la enumeracion por ser larga, sino el temor de que sea incompleta. Con algun trabajo y con la cooperacion de personas muy caritativas y entendidas, me he proporcionado una lista de las nuevas fundaciones, tan distintas de las antiguas, como lo es el capital amortizado que se administra por manos estrañas, de los socorros diarios que su generosidad proporciona y de los recursos que busca la caridad. Pero no he podido procurarme datos seguros sobre algunas de ellas, sé que ignoro la existencia de otras, y esperaba la publicacion del nuevo *Anuario Estadístico* que últimamente ha sido remitido á la Academia. ¡Cuál habrá sido mi sorpresa y mi sentimiento al ver que no solo no consigna los datos que yo echaba de menos, sino que ni mencion hace siquiera de algunas importantes sociedades, ni de los establecimientos que conozco, ni de algunos que he tenido el gusto de visitar, admirando en ellos los prodigios del celo y de la caridad que han sabido vencer tantas

dificultades y que con tan exiguos recursos han dado tan grandes resultados! Nada mas lejos de mi ánimo que atribuir esta falta á olvido ni á descuido de los dignos individuos de la junta de estadística que han dirigido esta interesantísima publicacion, antes por el contrario, la señalo como una prueba mas de que está aun en embrión la nueva vida del espíritu de asociacion, que ha de derramar sobre todas las clases necesitadas los tesoros de la caridad pública. Los esfuerzos que hace para asegurar su existencia, son generalmente desconocidos. Mal pueden, por consiguiente, ser auxiliados. ¡Y si solo se les negara el auxilio! El mayor mal consiste en los obstáculos que encuentran en ciertas autoridades, que á pesar de estar animadas, como debemos suponer, de los mejores sentimientos, profesan ideas muy erradas ó siguen por rutina añejas tradiciones incompatibles de todo punto con la existencia y el progreso de las asociaciones de beneficencia. De tantos y tan repetidos ejemplos como de esto

pueden presentarse, solo citaré dos, y eso únicamente para que se vea que no aventuro ninguna imputacion sin acompañarla con la prueba que la justifique.

Entre los mejores hospitales que he visto en España, y aun en los países que en esto mas que en todo lo que constituye su cultura consideramos como los mas adelantados, merece especial mencion el de Cartagena. Se fundó sin dotacion ninguna por un pobre soldado de marina que pedia limosna para los enfermos que él mismo cuidaba; se ha sostenido aun en los tiempos mas calamitosos para aquella poblacion que ha sufrido las terribles vicisitudes por que ha pasado la armada nacional, sin que ni una sola vez hayan carecido aquellos de todo lo necesario, aun cuando el hambre y la peste asolaban aquella ciudad. En estos tiempos, que la son mas propicios, ha llegado á la perfeccion posible por los donativos y los esfuerzos de todos los vecinos; y ni antes, ni despues de la actual, ha podido conseguir que se le considere como hospital particular, como lo

es de hecho, y de derecho le corresponde. ¿Qué interés pueden tener las autoridades en desconocer la independencia de su vida propia mas que el errado principio de una centralizacion escesiva y la tendencia á aumentar sus atribuciones? Como si la importancia de los empleados consistiera en tener muchas y no en desempeñar cumplidamente las que tengan. Hablando del hospital de Cartagena, no puedo omitir aquí dos circunstancias que llamaron muy agradablemente mi atencion. Una es el principio fundamental consignado en los estatutos de aquella santa casa, que declara que los *señores de ella son los enfermos*, y fielmente observado por todos los empleados que se consideran, y de hecho son sus asíduos y cariñosos servidores. Otra el modo de elegir el hermano mayor por una especie de sufragio universal de todos los que asisten el día de la eleccion á la iglesia del hospital. Tiene así Cartagena una magistratura para la virtud. Nadie la ha alcanzado sin tenerla muy acrisolada; y en aquel

año de prueba, en que todo el pueblo observa muy de cerca cómo se conducen al frente de su mas querida y popular institucion, procuran todos asegurar la fama y la consideracion que les ha de durar toda la vida. Pues ni esto basta para que se deje á tan virtuosa, tan abonada y tan popular administracion, la independenciam que merece y necesita.

Al otro extremo de la Península, en la Coruña, hallamos, no uno, sino muchos ejemplos de los inconvenientes que ocasiona la intervencion innecesaria de las autoridades en las sociedades de beneficencia y en los establecimientos que crean ó sostienen. Reside allí, rodeada del cariño y de la veneracion de todos sus paisanos, una ilustre señora, que seria difícil empresa tener que decidir si es mas ilustre por su raro y profundo talento, ó por sus muchas y ejemplares virtudes. Descuella entre estas la de la caridad, que la justicia y la gratitud de S. M. quisieron que fuera el título con que se la conociera. Su modestia no le

permite usarlo, y su orgullo, si alguno tuviera, podría estar bien satisfecho con el que lleva, con el nombre de su marido, que puede personificar mejor que el de ningún otro español la gloria imperecedera, popular y militar de la guerra de la Independencia.

Pues esta señora, que se ha asociado con las mas dignas de aquella capital, que está al frente de todos los establecimientos de beneficencia de las provincias de Galicia, que consagra á ellos su tiempo, sus cuidados y la mayor parte de su fortuna, se ha visto de continuo contrariada por las autoridades, y obligada algunas veces á sostener con ellas cuestiones y luchas desiguales y empeñadas, que unas veces han concluido por el triunfo de la causa de los pobres, sostenida por su perseverancia, y otras por sus tristes desengaños y deplorable, aunque parcial retraimiento. Lo primero, aconteció cuando denunció el inhumano proceder de un contratista, quedaba á los infelices acogidos un pan tan malo, que iba concluyendo con la salud de muchos de

ellos. La autoridad, que debió impedirlo, sepuso de parte del codicioso contratista, y fué necesario que contra su voluntad se remitiese un pan al gobierno que, examinado por la facultad de medicina, resultó que tenia una parte de harina, muchas que no eran propiamente alimenticias, y no pocas que eran conocidamente nocivas. Pero si en esta ocasion triunfó, aunque despues de mucho tiempo y de grandes estragos que causó el pan mal sano en la salud de los pobres ó la falta de este alimento, que la mayor parte de ellos repugnaban, en otra mas reciente ha tenido que sucumbir su celo y el de la asociacion de señoras de la Coruña. Habian levantado con los fondos que su activa caridad habia allegado y los que adelantára su presidenta, un cómodo y sólido edificio para asilo, donde eran admitidos, no solo los pobres de aquellas provincias, sino los de toda España y los de todos los reinos, porque como decia su reglamento, «la caridad es universal.» Para todo encontraba fondos su caridad, su

ejemplo, su prestigio y bondadosa vigilancia; y el mismo celo demostraban las demás señoras de la asociacion. Así en poco tiempo aumentó considerablemente el número de los acogidos, se estendió en la misma proporcion la enseñanza elemental é industrial; con esto y el cariño y el esmero con que eran cuidados llegó á ser, á juicio de personas muy competentes, un buen asilo, y al cargo de las señoras hubiera llegado á ser un asilo modelo. Pudo la caridad levantarlo á tal altura, pero no fué poderosa á sostenerlo contra la intervencion officiosa, contra el malquerer de las autoridades y los obstáculos que un dia y otro oponian á su marcha. Veian las señoras que iba á llegar el triste para ellas, y mas triste para los acogidos, en que tendrian que abandonarlos: lloraban estos por el desamparo en que iban á quedar: las personas compasivas oian la noticia con indignacion, los mas indiferentes con incredulidad, hasta que todos vieron la forzosa retirada de las benéficas señoras, que, para que fuera mas hondo su

sentimiento, ni aun pudieron tener el consuelo de publicar los motivos que á ello les habian obligado.

Entre estos dos pueblos que hemos citado, al Oriente y al Poniente de España, ¿cuántos otros no habrá que hayan sido testigos de otros hechos semejantes, de esta lucha inesplicable y poco honrosa para nuestro país y para nuestro siglo entre la administracion y el espíritu de asociacion para objetos caritativos? Concluyamos, porque es triste la tarea, con citar un solo caso que, por haber ocurrido en la corte y referirse, no á autoridades subalternas, sino al gobierno supremo, prueba la necesidad, la urgente necesidad de estudiar los principios que deben guiarle en materia de tanta importancia, y de reconocer la tendencia natural, irresistible y benéfica de las sociedades modernas.

Hace algunos años que los accidentes que de tiempo en tiempo suelen acontecer á los artesanos que, ganando la vida en la construccion de edificios, encuentran en ellos algunas veces la muerte,

se repitieron con tal frecuencia en una sola semana, que gran número de familias quedaron por esta causa en la orfandad y en la miseria. Acudió en su socorro, por aquel momento, la caridad pública; pero como la desgracia dura mas que el estímulo que provoca la general simpatía, se pensó en organizar una sociedad permanente para sostener y proteger las familias de las víctimas de una industria, no solo útil, sino absolutamente indispensable. Se anunció tan buen pensamiento en los periódicos y se abrió una suscripcion que prometia ser muy numerosa y productiva. Solicitada la autorizacion del gobierno, y retardándose mas de lo regular, se pusieron los fondos ya reunidos en la caja de depósitos, y allí estan. ¿Y quién sabe el tiempo que estarán todavía? porque el gobierno negó su permiso, y lo negó por no creer necesaria la proyectada sociedad. ¡Que lo pregunten á tantos artesanos inutilizados por consecuencias de caidas y de otros accidentes á que son tan ocasionados sus oficios; que le pre-

gunten á las viudas y á los huérfanos de los que han sucumbido y continuamente sucumben de este modo, y andan implorando la caridad de las buenas almas ó aumentando la triste cohorte de los conducidos á los subterráneos de la Panadería! Pero aunque su desgracia nos arranque este lamento, el sentimiento no nos hará ser injustos, y seria una injusticia, y muy gratuita, el atribuir á dureza de corazón lo que no puede ser mas que un error del entendimiento. Y el error debe de haber nacido de una de dos causas: ó de no haberse detenido á examinar la tendencia que lleva á los hombres á asociarse para todos los fines que les son comunes por razón de sus intereses, de sus ideas, de sus oficios ó de sus gustos y simpatías, tendencia poderosa que los gobiernos no pueden resistir y deben cuidar de dirigir; ó, tratándose de sociedades de beneficencia, de creer que no debe existir mas que una, tan respetable por el nombre de su santo fundador como por el gran número de naciones del antiguo y nuevo con-

tinente por donde se ha ido estendiendo con asombrosa rapidez.

Si el origen del error fuese el primero que indico, hay que considerar que la prohibicion de ciertas asociaciones, como las de socorros mútuos entre los obreros, por ejemplo, que existen generalmente en todos los países y que son ya en el nuestro una exigencia irresistible de las opiniones que profesan y de los hábitos que han contraido en las provincias mas fabriles, no bastará para que desaparezcan las que existan ni para que dejen de fundarse otras muchas. Lo único que de este modo se conseguirá, es que en vez de ser públicas sean secretas; y el que burla la ley y elude la vigilancia de las autoridades, muy cerca está de declararse en rebelion contra ellas.

Le falta el respeto, el resentimiento le sobra, la organizacion le da medios y jefes de confianza, no se necesita mas que una ocasion para aprovecharlo todo, y estas ocasiones las traen muchas veces los sucesos, y no pocas las buscan y

las proporcionan hombres de aviesas intenciones, y mas atentos al logro de sus deseos que al bienestar permanente de las clases numerosas, cuyos instintos halagan y cuya irritacion hábilmente explotan. Siendo esto tan evidente y de tan graves consecuencias, deberán convenir aun los que duden del derecho de asociacion, en que mas vale que se ejercite pública que secretamente. Un inconveniente tienen estas sociedades, y es que favorecen las coaliciones de los obreros para aumentar el precio de su trabajo ó disminuir las horas ó alterar las condiciones establecidas con los fabricantes. Pero en esto, como en todo, el remedio está en respetar la libertad de cada uno mientras él respeta la de los demás. Cada uno es libre en fijar la compensacion que le parezca que merece el empleo de sus fuerzas, pero no puede obligar á nadie á que le dé mas de lo que le parezca justo ó conveniente, ni oponerse á que otros admitan condiciones que él rechaza. Si traspasa estos límites, incurre en un delito previsto por

el código; pero mientras lo respete, no se le debe impedir que busque en sus ahorros y en la buena inteligencia con sus compañeros la garantía contra la miseria cuando por cualquier causa le falte el trabajo. Lo que pueden y deben hacer los gobiernos, es ilustrarlos sobre los medios verdaderos de lograr lo que su prevision les hace desear y no saben encontrar muchas veces. Si se asocian exclusivamente con los del mismo oficio, se esponen á quedar todos á un tiempo sin jornal. Una guerra á miles de leguas de Europa ha bastado para que falte completamente en algunos puntos y escasee en todos la primera materia de la industria que mas brazos ocupa. Si se prolongara su duracion, quedarian ociosos la mayor parte por la insuficiencia de la que se proporcionase en otros mercados; y cuando se cerrasen todas las fábricas de algodón, ¿cómo se socorrerian unos á otros los obreros? Si se hubieran asociado con los que trabajan la seda, la lana, el lino, ó se dedican á otros artefactos, como ninguna crisis

afecta por igual á todas las industrias, antes bien suele favorecer á unas á expensas de las otras, la garantía sería mas eficaz y la fortuna de los unos sería un verdadero seguro contra la desgracia de los otros. De este modo no habria que temer las coaliciones de los obreros, siendo tan diversas las condiciones de las diferentes industrias, sin que por esto lo sean los obreros en su carácter y tendencias. De esto se encuentra la mejor prueba en todos los pueblos industriales de Cataluña, donde se reúnen en un mismo casino ó círculo de recreo y de instruccion operarios que pertenecen á diversas artes y oficios, y aun á clases muy distintas de la sociedad. Alternan con ellos fabricantes, ricos capitalistas, y personas muy ilustradas, y así se explica cómo se propagan entre aquellos obreros los conocimientos mas útiles y cómo adquieren aquel grave continente y aquellos buenos modales que distinguen á los operarios de Cataluña. Pues con aplicar á las sociedades de socorros el sistema que se emplea en

estas, se evltarian hasta donde es posible todos los males de las coaliciones y todos los peligros que se atribuyen al espíritu de asociacion entre las clases mas numerosas. Pero no parece probable que este temor haya influido en que se niegue el permiso para una sociedad de beneficencia. Mas fácil es de creer que no se haya juzgado conveniente que se establezca ninguna mas que la de la caridad universal á que antes aludíamos y las que puedan considerarse como accesorias suyas.

En este caso el error seria doble, porque ahogaria el germen de todos los impulsos de la compasion que lleva á los hombres á socorrer las desgracias que mas afectan su sensibilidad, y porque concederia á una sociedad un monopolio del que podria abusar del modo mas opuesto á los fines de su instituto. Si donde tuvo su nacimiento, si donde tiene su legítima representacion y su autoridad superior, se ha creido, sin que nosotros podamos decidir si con razon ó sin ella, que ha abusado y que aspira á

ejercer una influencia política contraria á la que domina en aquel imperio, y ha sido preciso disolver ciertas reuniones; y donde el poder es tan fuerte y tan temible ha encontrado resistencia para la ejecucion de sus órdenes, ¿qué no podrá temerse en España si le concedemos el monopolio de la beneficencia? Que no se vea jamás nuestro gobierno en el caso de tomar providencias tan severas como las que tomó hace algun tiempo el emperador de los franceses, y no se dé lugar á que nazca entre nosotros, y si ya hubiera nacido, á que se propague y robustezca, la desconfianza y la prevenicion con que se miran los beneficios cuando se sospecha que los que los dispensan se proponen con ello un fin político. Esta opinion, por mas infundada que fuera, podria en ciertos momentos ser muy funesta para una institucion que yo me complazco en reconocer que ha hecho en poco tiempo mas en favor de las clases menesterosas, no solo en lo que toca á su bienestar material, sino á su instruccion y á su moralidad, que

todas nuestras antiguas instituciones que con ella puedan tener mas ó menos analogía. Pero ni estos servicios, ni las virtudes de tantas y tan buenas personas como á ellos han contribuido, podrían evitar el rigor con que la opinion les tratara, como no bastaron á desarmar al gobierno francés, como no fueron parte á impedir que se tuvieran que embarcar precipitadamente en Portugal las inocentes y virtuosísimas hermanas de la caridad. Estos tristes sucesos nos enseñan con cuánta prevision y con cuánto tino se debe proceder en esta materia, que es mucho mas delicada y mas trascendental de lo que á primera vista puede creerse.

Busquemos con tiempo el remedio, y el remedio contra el monopolio no se podrá hallar sino en la libertad de asociacion. Esta es la gran palanca de los pueblos modernos. Pongámosla en las manos de todos los que quieran emplear una parte de su tiempo, de su saber y de su fortuna en ilustrar y mejorar moral y materialmente las clases mas nume-

rosas, mas pobres y mas atrasadas de la sociedad; y si despues de esto, todavía hablasen algunos de los fines políticos que puedan ir envueltos en los beneficios que otros dispensen, se les podrá decir: «Pues haced vosotros el bien por el bien; no oigais mas voz que la de la humanidad, y no oireis mas eco que el del agradecimiento. Sed mejores y más desinteresados que los buenos, y seréis bendecidos por todos.»

Esta libertad de asociación solo podrá parecer peligrosa á los que, juzgando por aparentes analogías políticas, creen que puede debilitar la fuerza de los gobiernos que la consientan; pero la verdad es que abandonando á otros las funciones que no les corresponden ni pueden desempeñar bien, ganan otro tanto en unidad y en poder para las atribuciones que esencial y aun exclusivamente les pertenecen.

Nadie culpará al gobierno austriaco, aunque haya entrado de buena fé en las vias constitucionales, de querer amenguar su poder; y la Academia tuvo el

gusto, hace muy poco tiempo, de oír un informe de uno de sus mas ilustrados individuos sobre la ley en estremo liberal acerca de las asociaciones, que rige en aquel país y que tan prodigiosos resultados está produciendo. Quizá diga alguno que lo que puede concederse impunemente en los países del Norte y lo que con tantas ventajas existe en Inglaterra, no podrá establecerse en España sin graves inconvenientes. Tengo para mí que se ha abusado mucho en estos últimos tiempos concediendo al clima y á las razas una influencia superior á la que realmente pueden tener; y á pesar de esto, no tengo reparo en admitir que son mas difíciles de gobernar los pueblos del Mediodía. Donde los hombres son ó se consideran mas independientes, donde su espíritu es mas altivo y mas impresionable, es mas difícil que se sometan á un pensamiento ó á una voluntad comun; pero esto que desgraciadamente es cierto cuando se trata de las relaciones de los pueblos con los gobiernos, no puede tener ninguna aplicacion

á las sociedades particulares que se forman espontáneamente y bajo el pié de la mas perfecta igualdad por el vínculo mas fuerte que puede unir á los hombres, el de la identidad, ó al menos la semejanza de sus opiniones, de su afición ó de su simpatía. Si esto que á mí me parece evidente; si esto que la experiencia ha confirmado en algunas asociaciones que el gobierno ha permitido establecer, pareciera fundado á los que pueden juzgar mejor que yo en materia tan delicada, debería pensarse seriamente en la formación de una ley que reconociera á todos los hombres el derecho de reunirse con objeto de promover todo lo que puede interesar á un número de ellos, mas ó menos considerable, para asegurar su bienestar y todos los progresos morales y materiales de que es susceptible la especie humana; y, sin admitir ninguna medida preventiva, dejar espedito el poder de la autoridad contra los abusos y las faltas que en esto como en todo pueden cometerse. ~~noisaler~~

Y no hay que esperar la formación de

la ley para que, reconocida la verdad y la importancia de estas ideas, se vayan poniendo en práctica. En manos del gobierno está el conceder, con la mayor facilidad y prontitud, todas las autorizaciones que se le pidan para sociedades de beneficencia; y cuando se establezcan algunas, semejantes á las mas notables que nos da á conocer el *Manual de la Caridad de Londres*, serán mas provechosas y de mas general aplicacion las máximas morales y las sublimes ideas que contiene el *Visitador del pobre*. La comparacion que una feliz coincidencia nos ha permitido establecer entre uno y otro libro, aunque no hayamos acertado en ninguna de las observaciones que nos han sugerido, no podrán menos de servir de noble estímulo para los que hayan podido conocer mas á fondo los males de nuestra época, los inconvenientes que lleva consigo toda transicion social, que no ha sido lentamente preparada, y las justas y á veces terribles exigencias del porvenir de los pueblos modernos, busquen en el espíritu de cari-

dad y en las ventajas de la asociación soluciones pacíficas, naturales y duraderas á los áridos problemas de la sociología que justamente llaman la atención de los filósofos y de los hombres de Estado.

— Como ejemplo, y no mas, de lo que en este sentido puede hacerse, voy á indicar para concluir una idea con la que hace muchos años que vivo encariñado. No podré verla realizada, no me atreveré acaso á intentar que se propague, pero la ocasión es demasiado propicia para que yo la desaproveche.

Al contemplar cuántos grandes hombres han nacido en las clases mas humildes y menesterosas, y las raras casualidades que les han proporcionado los medios de instruirse y de distinguirse, ¿á quién no le habrá ocurrido la misma idea, que solo el cariño que la tengo puede hacer que la llame mia?

La casualidad es la escepcion de la regla, la regla por consiguiente es que se mueran ignorados y baldíos los grandes talentos que plugo al cielo repartir en-

tre la inmensa muchedumbre que forman las clases condenadas al trabajo corporal y á la pobreza. No es el talento patrimonio de las clases ricas, sean ó no privilegiadas: no lo es de la clase media, y sin embargo, estas son las únicas que cultivan las ciencias y que gobiernan las naciones. ¿Por qué para el progreso intelectual y para bien de los pueblos no hemos de buscar y premiar y dirigir desde la infancia á los que Dios distinguió con una razon superior, y señaló por consiguiente como los mejores y los mas dignos para ilustrarlos y para gobernarlos? Cuando nos cuenta Herschel, que era un pobre músico, que el origen de todos sus conocimientos astronómicos, se debe al favor de un amigo que le prestó un telescopio, cuando vemos que si Franklin no trueca su oficio de cuchillero por el de impresor, que permitió leer y perfeccionar su razon, ni hubiera arrancado el rayo al cielo, ni el cetro á los tiranos; cuando, si al fin no encuentra Watt el dinero que por todas partes le negaban para su máquina

de ensayo, no conoceríamos aun probablemente, ni el descubrimiento del vapor, ni sus prodigiosas aplicaciones, no puede menos de causar mucha estrañeza que no piensen los hombres en hacer por sí mismos y en todos los casos posibles, lo que en algunos muy raros suele hacer la casualidad, y no formen una sociedad para la proteccion del talento, que lo busque en las escuelas de primeras letras, que los lleve á la segunda enseñanza y que le proporcione medios para la carrera á que su aptitud y su afición le inclinen.

Esto, que en todos tiempos y en todos países seria conveniente, es en España y en la época presente una deuda que tenemos con las clases desheredadas. Antes no habia ninguna familia, por pobre que fuese, que no pudiera enviar un hijo á la universidad, cuya enseñanza era gratuita, ó dedicarlo á la vida religiosa, y de nuestras universidades y de nuestros conventos pasaban en gran número los hijos de los mas infelices labradores á los primeros puestos del Estado

y de la Iglesia, y en ellos se han distinguido algunos, sobre todo los que han pertenecido á las clases mas acomodadas. Ahora es patrimonio exclusivo de estas la instruccion superior y aun la secundaria. ¿No volverá nadie por los santos fueros de la pobreza y del talento? Nadie podría hacerlo por sí, pero lo que nadie puede hacer, lo hará con la mayor facilidad el espíritu de asociacion.

y de la Iglesia, y en ellos se han dis-
tribuido algunos, sobre todo los que han
pertenecido a las clases mas acomodada-
das. Ahora es patrimonio esclusivo de
estas la instruccion superior y aun la se-
cundaria. ¿No volverá nadie por los san-
tos temores de la pobreza y del talento?
Nadie podría hacerlo por sí, pero lo que
nadie puede hacer, lo hará con la mayor
facilidad el espíritu de asociacion.



